

EL CULTO A LAS SANTAS
Y LOS SANTOS EN LA
ANTIGÜEDAD TARDÍA
Y LA ÉPOCA BIZANTINA

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

EL CULTO A LAS SANTAS
Y LOS SANTOS EN LA
ANTIGÜEDAD TARDÍA
Y LA ÉPOCA BIZANTINA

Ángel Narro



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Ángel Narro

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-318-0
Depósito Legal: M-22.492-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. EL ORIGEN DEL CULTO A LAS SANTAS Y LOS SANTOS.....	15
1.1. <i>El origen del culto</i>	16
1.1.1. Algunos antecedentes	16
1.1.2. Los primeros santos: personajes bíblicos y apóstoles	17
1.1.3. Los primeros santos: los mártires.....	20
1.2. <i>Grandes períodos</i>	23
1.2.1. El período protohagiográfico	24
1.2.2. El período tardoantiguo o bizantino temprano... ..	29
1.2.3. El período bizantino medio.....	30
1.2.4. El período bizantino tardío	33
1.3. <i>Grandes géneros</i>	34
1.4. <i>El ejemplo a seguir. Las vidas de santos</i>	35
1.5. <i>Las colecciones de milagros</i>	39
1.6. <i>Encomios y panegíricos</i>	45
1.7. <i>Características generales del culto a las santas y santos en la época tardoantigua y bizantina</i>	47
1.7.1. El templo.....	49
1.7.2. Tumbas y reliquias.....	51
1.7.3. Rituales	53
1.7.4. Centros de peregrinación y economía.....	54
2. TIPOS DE SANTAS Y SANTOS	57
2.1. <i>Características generales</i>	58
2.1.1. El martirio.....	58
2.1.2. La vida ejemplar.....	67

2.1.3. Canonización	74
2.2. <i>Diferencias de género</i>	75
2.2.1. Virginidad	75
2.2.2. Mujer y virginidad	78
2.2.3. Mártires femeninas	80
2.3. <i>Criterios de clasificación</i>	81
2.3.1. Santas	82
2.3.2. Santos	83
3. SANTAS VÍRGENES	87
3.1. <i>María, madre de Jesús</i>	88
3.2. <i>Tecla de Iconio</i>	92
3.3. <i>Otras santas vírgenes</i>	97
3.3.1. Macrina	98
3.3.2. Jantipa y Políxena	100
3.4. <i>Vírgenes mártires</i>	102
3.4.1. Bárbara	102
3.4.2. Catalina de Alejandría	105
3.4.3. Eufemia de Calcedonia	106
3.4.4. Teodosia de Constantinopla	108
4. SANTAS TRAVESTIDAS	111
4.1. <i>Pelagia</i>	113
4.2. <i>Eufrosine</i>	115
4.3. <i>María</i>	116
4.4. <i>Teodora de Alejandría</i>	118
4.5. <i>Matrona de Perge</i>	119
4.6. <i>Otras santas travestidas</i>	122
4.6.1. Apolinaria	123
4.6.2. Hilaria	123
4.6.3. Anastasia la patricia	125
4.6.4. Atanasia, esposa del orfebre Andrónico	125
4.6.5. Ana	126
4.6.6. Susana	127
4.6.7. Eugenia	129
4.6.8. Marina	131
4.6.9. Eufrosine la Menor	132

5.	SANTAS MONJAS	135
5.1.	<i>Santas cenobitas</i>	136
5.1.1.	Melania la Menor	136
5.1.2.	Isabel de Constantinopla	138
5.1.3.	Atanasia de Egina	139
5.1.4.	Teodora de Tesalónica	141
5.1.5.	Irene, abadesa del Crisobalanton	146
5.2.	<i>Santas eremitas</i>	147
5.2.1.	María Egipcíaca	148
5.2.2.	Teoctiste de Lesbos	150
 6.	 SANTAS LAICAS E IMPERIALES	 153
6.1.	<i>Santas laicas</i>	154
6.1.1.	María de Vizé	155
6.1.2.	Tomaide de Lesbos	161
6.2.	<i>Santas emperatrices (imperiales)</i>	164
6.2.1.	Helena, madre de Constantino I	165
6.2.2.	Antusa, hija de Constantino V	166
6.2.3.	Emperatriz Teodora	167
6.2.4.	Teodora de Arta	168
6.2.5.	Irene - Xene	170
 7.	 SANTOS SANADORES	 171
7.1.	<i>Cosme y Damián</i>	173
7.2.	<i>Ciro y Juan</i>	177
7.3.	<i>Artemio</i>	179
7.4.	<i>Terapón</i>	183
7.5.	<i>Otros santos sanadores</i>	184
7.5.1.	El profeta Isaías	184
7.5.2.	Fotina	184
7.5.3.	Pantaleón	186
 8.	 SANTOS MILITARES	 187
8.1.	<i>Jorge</i>	189
8.2.	<i>Demetrio</i>	193
8.3.	<i>Teodoro el recluta y Teodoro el general</i>	197
8.4.	<i>Procopio</i>	200
8.5.	<i>Eugenio de Trebisonda</i>	201

8.6.	<i>Menas</i>	206
8.7.	<i>Otros santos militares</i>	208
9.	SANTOS OBISPOS	211
9.1.	<i>Gregorio el Taumaturgo</i>	213
9.2.	<i>Porfirio, obispo de Gaza</i>	216
9.3.	<i>Tarasio, patriarca de Constantinopla</i>	221
9.4.	<i>Nicéforo I, patriarca de Constantinopla</i>	225
9.5.	<i>Atanasio I, patriarca de Constantinopla</i>	229
9.6.	<i>Gregorio Palamas</i>	231
10.	SANTOS MONJES	235
10.1.	<i>Monjes eremitas</i>	236
10.1.1.	<i>Antonio el eremita</i>	236
10.1.2.	<i>Monjes egipcios</i>	239
10.1.3.	<i>Juanicio</i>	242
10.1.4.	<i>Nicón Metanoeite</i>	244
10.1.5.	<i>Fantino el Menor</i>	248
10.2.	<i>Monjes cenobitas</i>	253
10.2.1.	<i>Teodoro Estudita</i>	254
10.2.2.	<i>Pedro de Atroa</i>	256
10.2.3.	<i>Evaristo de Constantinopla</i>	260
10.2.4.	<i>Lucas de Estiris</i>	262
10.2.5.	<i>Monjes atonitas</i>	266
10.2.6.	<i>Nilo de Rossano</i>	269
11.	SANTOS ESTILITAS	273
11.1.	<i>Simeón Estilita el Mayor</i>	275
11.2.	<i>Daniel Estilita</i>	278
11.3.	<i>Simeón Estilita el Menor</i>	284
11.4.	<i>Alipio Estilita</i>	289
11.5.	<i>Lucas Estilita</i>	293
11.6.	<i>Lázaro del monte Galesión</i>	295
11.7.	<i>Otros santos estilitas menores</i>	298
12.	OTROS SANTOS	301
12.1.	<i>Los santos neomártires</i>	302
12.2.	<i>Santos locos</i>	303

Índice

12.2.1. Simeón el Loco.....	305
12.2.2. Andrés el Loco	306
12.3. <i>Santos limosneros</i>	308
12.3.1. Juan de Chipre	309
12.3.2. Zotico	309
SELECCIÓN DE TEXTOS	313
<i>Texto 1</i>	313
<i>Texto 2</i>	314
<i>Texto 3</i>	314
<i>Texto 4</i>	315
<i>Texto 5</i>	316
<i>Texto 6</i>	316
<i>Texto 7</i>	317
<i>Texto 8</i>	318
<i>Texto 9</i>	319
CRONOLOGÍA	321
BIBLIOGRAFÍA.....	323

2

TIPOS DE SANTAS Y SANTOS

Una vez establecidas las características generales del culto a los santos, definidos los principales géneros hagiográficos y delimitados los distintos períodos en que es posible dividir la producción literaria en torno a las santas y santos, es necesario comenzar a hablar de sus tipos y funciones. Como ya se había anticipado en el capítulo anterior, hacer una clasificación de tipos de santos es una tarea especialmente compleja, sobre todo si se tiene en cuenta la gran cantidad de estos a lo largo de todo el período tardoantiguo y bizantino. Esta heterogeneidad de hombres y mujeres divinos en esta época y contexto geográfico podrá analizarse desde diferentes puntos de vista. Una distinción fundamental se puede hacer según se observe el tipo de santo, es decir, sus características vitales o, por otro lado, sus funciones, es decir, el tipo de obras o prodigios que normalmente se le atribuyen o que lleva a cabo, la mayoría de las veces *post mortem*. En ocasiones, ambos elementos de análisis, tipología y función pueden converger en la misma figura santa, como por ejemplo sucede con los santos Cosme y Damián, médicos en vida, cuya función principal es la de curar a los enfermos, o con san Jorge, militar en vida, protector y asistente en batalla a su muerte. En otros casos, no obstante, el tipo del santo no le impedirá desempeñar otras funciones

diversas, más allá del que, en principio, era su ámbito de actuación en vida. Sobre las diferentes tipologías, también en relación con sus funciones, se hablará en la segunda parte del presente estudio. Antes, sin embargo, tratarán de perfilarse en este segundo capítulo las dos principales vías de acceso a la santidad (el martirio y la vida ejemplar) y se analizarán las diferencias fundamentales entre santos y santas desde una perspectiva de género que permitirá ver con claridad diferentes modelos de santidad propuestos y enalzados según la condición del sujeto.

2.1. *Características generales*

En el capítulo anterior ya se habían descrito algunas de las características esenciales de un personaje santo. Se definía al santo como un hombre divino (θεῖος ἄνθρωπος), una especie de canalizador del poder que emana de Dios, encargado de distribuirlo entre los fieles. Sobre la consecución de la santidad también se mencionaban los dos procedimientos principales para conseguirla: el martirio o la vida ejemplar. Ambas vías tienen que ver con el principio de la *imitatio Christi*, la primera en lo que respecta a la muerte de Jesús, la segunda que evoca diferentes momentos de su vida o en general su propio carácter (ἡθος).

Además de estas dos vías de santificación, también se ha de tener en cuenta la consideración de santos de personajes del universo bíblico, como los profetas, los miembros de la familia de Jesús... En estos casos, el hecho de convertirse en santos será una consecuencia lógica de sus vínculos familiares, su papel protagonista en el devenir de la nueva religión y su conducta ejemplar. En las siguientes páginas, no obstante, se estudiarán sobre todo los dos aspectos antes citados, martirios y vida ejemplar, con los que poder adquirir la tan preciada santidad.

2.1.1. El martirio

El martirio es la primera vía de acceso a la santidad. Como se comentaba en el primer capítulo, hasta el siglo IV se sucedieron diferentes campañas de persecución contra los cristianos que acabaron con la vida de nuevos fieles que se negaban a comulgar con la religión oficial romana y algunas de

sus leyes, mostrando el carácter subversivo que, magnificado por una cierta visión parcial y romántica, le otorgaban al mártir y a su causa los primeros apologetas cristianos.

Esta época de las persecuciones será uno de los momentos más productivos para el nacimiento de personajes santos, en torno a los cuales se creará una rica y amplia literatura que irá evolucionando paulatinamente hasta la creación de diferentes géneros con el paso del tiempo. Al contrario, los santos mártires cristianos conservarán intacta su vigencia como una suerte de héroes fundacionales, de pioneros de un modelo de pensamiento y conducta en una época en la que, por defenderlo e intentar vivir acorde a él, se toparon con la muerte.

Hasta la fecha no se ha realizado un estudio cuantitativo que pueda ofrecer una idea clara acerca del porcentaje parcial de mártires que existe sobre el total de los santos que aparecen y reciben culto en la época tardoantigua y bizantina. Con mucha probabilidad, los números reflejarían un peso significativo de los primeros, muestra de la especial sensibilidad hacia el martirio que existe en toda la configuración del culto a los santos, aunque es cierto que con el tiempo padecerán una pérdida de protagonismo significativa frente a otros personajes santos.

El martirio como camino de acceso a la santidad se basa en la *imitatio Christi*, el seguimiento del modelo vital de Jesús relatado por el Evangelio, que incluye también su propia muerte. En este contexto, como se vio con anterioridad, existe un conflicto de intereses, un fuerte choque entre el ámbito político romano y el universo religioso cristiano entre dos esferas de poder que desde las sociedades antiguas hasta nuestros días han rivalizado de manera constante por el dominio y la influencia social. Si el poder político y el pensamiento religioso mayoritario van de la mano, los problemas se reducen, pero en el caso de la época imperial, el surgimiento de la nueva fe cristiana chocaba frontalmente con el modelo religioso oficial. A partir de aquella oposición ideológica, y teniendo en cuenta que el cristianismo lo seguía por aquel entonces una minoría, las persecuciones cristianas y el martirio pronto se recubrieron de un halo de heroísmo que ya nunca abandonaría esta noción en ninguna de sus posteriores manifestaciones, con independencia del contexto ideológico y social en el que se originara.

Morir a la manera de Jesús demostraba dos cualidades morales imprescindibles para cualquier modelo social que quiera utilizarse como ejemplo

de conducta en un contexto como este, en el que se distingue un elemento de poder perseguidor (dominador) y un elemento más débil y perseguido (dominado): una fe y una fidelidad sin fisuras y un carácter subversivo. Ambos aspectos morales aparecen en Jesús en tanto que carismático líder religioso de fuertes convicciones y dispuesto a perseverar en el modelo de vida que predicaba hasta las últimas consecuencias. Con todo, en su caso, hay que tener en cuenta que su martirio y muerte viene propiciado, sobre todo, por los continuos encontronazos que había tenido con las autoridades religiosas judías, por lo que el hecho de que *a posteriori* el principal enemigo de los cristianos fuera el poder político romano, solo demuestra que, en un contexto como este, poco importaba el color del enemigo, siempre que se constituyera en tanto que tal a ojos de la comunidad afectada.

El primer mártir del cristianismo, teniendo en cuenta que Jesús será considerado siempre hijo de Dios y que, por lo tanto, ostentará una categoría diferente del resto de los mortales, será Esteban. Su martirio sigue pasos muy similares a los dados en el caso de Jesús. Esteban comienza a suscitar polémicas entre las autoridades religiosas judías y, tras sus palabras ante el sanedrín, los judíos lo lapidarán a las afueras de Jerusalén.

El caso de Esteban, aunque se convertirá en el modelo exportado con posterioridad a todos los territorios del imperio con la paulatina expansión del cristianismo, no es el único ejemplo de martirio dentro de la tradición neotestamentaria. De hecho, la primera gran generación de mártires, como ya se mencionó con anterioridad, estará compuesta por personajes relevantes de los libros del Nuevo Testamento. Entre este grupo de primeros mártires destacan sobre el resto los apóstoles, cuya muerte se narrará en sus *Hechos apócrifos* (Piñero y Del Cerro, 2004 y 2005). Entre estos textos no solo se han de tener en cuenta el núcleo principal de cinco textos (*Hechos de Andrés, Juan, Pablo, Pedro y Tomás*) (Bremmer, 2001), sino también otros textos más tardíos, como los *Hechos de Felipe*.

En este grupo de auténticas novelas cristianas, si se tiene en cuenta su estructura y contenido (Pervo, 2001; Narro 2016a), el relato del martirio y la muerte del apóstol es uno de los momentos cruciales de la narración (Hillhorst, 1995). El único de los acólitos de Jesús antes mencionados que se libra de morir martirizado es Juan. Así, Andrés será crucificado de igual manera que Jesús (*Mart. Andr. Alt.* 51). Pedro será, asimismo, crucificado, pero

pedirá que lo coloquen cabeza abajo, con la intención de ofrecerles a sus discípulos una postrera enseñanza de carácter gnóstico (*A.Petr.* 37), aunque esta práctica se ha demostrado habitual en la época de Domiciano, según el testimonio de Eusebio de Cesarea (*HE* 8.8.1). A Pablo, por su parte, lo decapitarán por orden del emperador Nerón y después de una escena milagrosa, resucitará como su maestro (*A.Pass.Paul.* 5). A Tomás, paradójicamente, lo alcanzarán en el costado cuatro soldados (*A.Thom.A,B* 164). Por último, Felipe morirá colgado bocabajo, junto con Bartolomé, en la ciudad de Hierápolis (*A.Phil.* 146). Además de ello, existe el testimonio del Martirio de Bernabé, texto griego que relata la muerte en la pira del apóstol en Salamina.

Sin embargo, dentro de estos textos también cobrarán protagonismo nuevos personajes que se considerarán santos. Cabe recordar que la historia de Tecla aparece por vez primera en los *Hechos de Pablo y Tecla*, inserto en los ya mencionados *Hechos de Pablo*. Sobre el modelo de la figura de Tecla y de su martirio, se crean los *Hechos de Jantipa y Polixena*, escritos muy probablemente en el siglo VI según varios indicios de carácter lingüístico (Szepessy, 2004), donde, de nuevo, el martirio dará el acceso a la santidad a estas figuras que, a todos los efectos, parecen personajes ficticios sin historicidad alguna. En el caso de Tecla, copiado de manera clara por el autor de los *Hechos de Jantipa y Polixena*, el martirio se divide en dos partes. Un primer intento de acabar con su vida es quemándola en una pira. Ante los prodigios acontecidos, con una tormenta de lluvia y granizo que apaga las llamas y salvaguarda la integridad de la joven, deciden arrojarla a las fieras —martirio imitado en el caso de Polixena—, que se dedicarán a lamerle los pies en señal de pleitesía o morirán ante la acérrima defensa de una leona. Al final, en el caso de Tecla se detendrá el martirio; en el de Polixena, logrará escapar.

De vuelta a los textos neotestamentarios, tampoco ha de olvidarse mencionar a algunos personajes santos que también padecerán martirio. Uno de los más célebres es seguramente Zacarías, padre de Juan el Bautista, quien podría ser el Zacarías al que se alude en *Mt.* 23,35, del que se dice que fue asesinado a las puertas del templo. En otro texto apócrifo, el llamado *Protoevangelio de Santiago*, aparece otra versión diferente de su martirio. En esta ocasión, en el contexto de la matanza de los inocentes ordenada por Herodes, se dice que se negó a revelar el paradero de su hijo —otro santo de la tradición bíblica—, por lo que las autoridades romanas le dieron muerte.

Otros santos que surgen en esta época son algunos de los colaboradores de Pablo mencionados en sus epístolas, por lo general cargos de la Iglesia primitiva, que recibieron el martirio. Los casos más célebres serían el de Onésimo, convertido por Pablo en la prisión o el papa Clemente de Roma, autor de un gran número de textos de carácter doctrinal y protagonista de un relato de un milagro producido durante su martirio, escrito en griego y atribuido dudosamente a Efrén el Sirio.

Mención aparte merecerán personajes de la familia de Jesús, cuya consanguinidad y vida ejemplar son las dos razones principales para su inclusión dentro de la categoría de santo, algo que no se producía de manera oficial, sino más bien a causa del culto que se le tributaba a una u otra figura concreta. En esta categoría, destacarán sobre el resto Juan el Bautista, venerado ampliamente en el Oriente bizantino y, como no podía ser de otra manera, María, la madre de Dios.

El culto marial parece ser fruto de la evolución del culto a los santos y se desarrollará en Occidente sobre todo en época medieval. Un ejemplo de ello se encuentra en diferentes textos hagiográficos en la península ibérica hacia los siglos XII y XIII, como las diferentes recopilaciones latinas de milagros mariales o textos algo más elaborados en lengua vernácula como las *Cantigas de Santa María*, de Alfonso X el Sabio o los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo. En el ámbito bizantino, en cambio, se dan testimonios del surgimiento del culto a la Virgen prácticamente desde la Antigüedad Tardía, aunque su mayor apogeo se producirá en el período bizantino medio y tardío.

En efecto, desde el inicio de la religión cristiana surgen textos que se preocupan por los orígenes familiares de la virgen y los avatares vividos antes del nacimiento de Jesús, como el ya mencionado *Protoevangelio de Santiago*. A partir de estos testimonios, un cierto culto hacia la figura de María en tanto que símbolo de virginidad irá forjándose en la época tardoantigua. Este fenómeno podrá observarse en la existencia de numerosas homilías de tema marial entre los siglos VII y VIII (Daley, 1998) y en la construcción de templos dedicados a la θεοτόκος —epíteto con el que se conocerá a María en la tradición bizantina en tanto que “madre de Dios”— en la zona de influencia bizantina. De hecho, alguno de estos templos, como por ejemplo el de la Madre de Dios de la Fuente (Θεοτόκος τῆς Πηγῆς) de Constantinopla, será el escenario de dos recopilaciones de milagros mariales que demuestran el

apogeo y la consolidación de su culto en los últimos siglos del imperio. La primera de ellas data del siglo x y contiene una serie de milagros curativos de la Virgen producidos en el templo constantinopolitano. La segunda, por su parte, una reelaboración de la primera, datada en el siglo xiv, es un testimonio precioso para demostrar la consolidación de la devoción mariana en la última etapa del imperio.

Fuera ya del contexto bíblico, como se dijo, las dos posibles vías para alcanzar la santidad son el martirio y la vida ejemplar. Hasta el final de las persecuciones romanas (siglo iv), el martirio será el hecho más determinante en la trayectoria vital de un santo, el hito clave que lo convertirá en tal. Pero el mártir no es mártir solo por el simple hecho de haber padecido martirio, al menos dentro del esquema de pensamiento del cristianismo primitivo, sino por haber fallecido durante este sin haber renunciado a su fe, aunque hubiera sido de manera fingida, para poder salvar su vida. Esta distinción fundamental se observa en la lengua griega de la época, donde, como señala Delehaye (1927b), se distingue entre el mártir (μάρτυς), aquel que perezca sin ceder un ápice a las demandas de los inquisidores romanos, y el confesor (ὁμολογητής), aquel que padece martirio pero no es capaz de llegar hasta el extremo de ofrecer su vida a cambio. La palabra μάρτυς, en realidad, tiene el significado primigenio de “testigo”, por lo que forma parte del vocabulario especializado de la lengua jurídica, de donde se tomará para su uso religioso, pasando a formar parte del léxico habitual de la literatura martirial desde las primeras manifestaciones del género, como señala Brox (1961, 203-225).

Así, como apunta Pellegrino (1961), el martirio se consolidaría como un acto eclesiástico llevado a cabo en el marco de una comunidad cristiana en la que su conmemoración tendrá una especial relevancia, y con la conmemoración, es decir, con el ritual, vendrá el surgimiento del culto y la adquisición de la santidad. Sin embargo, no todos los mártires recibirán un culto similar, por lo que, según diversos factores externos, algunos mártires del cristianismo primitivo gozarán de una extraordinaria relevancia en la época tardoantigua y bizantina, mientras que la memoria de otros simplemente se evocará en listas sin que aparezcan más pistas acerca de un posible culto.

Entre los mártires de los primeros siglos, se pueden encontrar numerosas figuras recurrentes de la hagiografía tardoantigua y bizantina, sobre los

cuales se escribirán encomios, vida o colecciones de milagros, dando testimonio de la vigencia de un culto que arranca ya desde época tardoimperial romana. Así, los relatos de mártires como Artemio, Ciro y Juan, Cosme y Damián, Demetrio, Jorge, Menas, Mamés o Sebastián, que serán ampliamente venerados en los siglos posteriores en el territorio del Imperio bizantino, proceden de la época de las persecuciones contra los cristianos. Por otro lado, mártires con menor repercusión *a posteriori* protagonizarán las ya mencionadas *Actas de los mártires*, redactadas en el seno de las comunidades cristianas de la época, como, por ejemplo, obispos como Policarpo o Ignacio de Antioquía, o mujeres piadosas como Agatónice o Blandina, cuyo ejemplo de arrojo y valor intenta exaltarse entre los sectores femeninos de las primeras comunidades cristianas.

Precisamente en ellas es donde mejor se conservan ciertos cultos que, por su carácter local, no lograrán traspasar las fronteras de un territorio concreto. Así, en ciertas regiones existen cultos únicamente locales a mártires de la época de las persecuciones, como, por ejemplo, sucede en la isla de Creta, donde se venera a un grupo de diez mártires de la época del emperador Decio cuya tumba aún se conserva hoy en la localidad de Αγιοι Δέκα, en la zona centro-sur de la isla. De estos mártires existen también distintas pasiones (*BHG* 1196-1197a-b) e incluso un encomio atribuido al hagiógrafo del siglo VIII Andrés de Creta (*BHG* 1197d).

Con el paso del tiempo, la época de las persecuciones se observará como una especie de edad heroica en la que surgen buena parte de estos hombres y mujeres divinos. Además, con el paso del tiempo, el tipo de mártir se sistematizará y categorizará en diferentes grupos de mártires, para lo cual se llegarán a crear incluso diferentes neologismos con relación a estos. El primero de estos nuevos vocablos, genuinamente bizantinos y usados casi siempre en un contexto hagiográfico, es el de μεγαλομάρτυς (“gran mártir”). Su primera aparición la encontramos en la carta *Sobre la doctrina de Dionisio* de Atanasio de Alejandría, escrita en torno a la mitad del siglo IV. En ella, Atanasio se refiere a Esteban, como ya se indicó, primer mártir de la tradición cristiana, en tanto que μεγαλομάρτυς, un vocablo que con el tiempo irá aplicándose también al resto de los mártires de la época de las persecuciones, casos de Tecla en su *Vida y milagros* (s. V) o Mamés en la *Vida de Daniel el Estilita* (s. V). Su uso se generalizará en los títulos de las obras sobre estos mártires y desde

el punto de vista psicológico revela el enaltecimiento y la heroización de estas figuras a través del lenguaje. En realidad, no es un término exclusivo que se le aplique a un reducido grupo de mártires para destacarlos por encima del colectivo, sino que se tratará más bien de un epíteto utilizado con carácter general, fruto de la verbalización de la admiración que se sentía por la figura del mártir.

No obstante, sí que existirá un término con un uso mucho más restringido y que, en este caso, sí que se utilizará para diferenciar al mártir más antiguo, Esteban, del resto. Se trata del epíteto *πρωτομάρτυς* que, desde el encomio del mártir escrito por Gregorio de Nisa en el siglo IV, se le aplicará a Esteban en tanto que santo más antiguo de la tradición cristiana. Así, en buena parte de los textos bizantinos se hace alusión al santo como *Στέφανος ὁ πρωτομάρτυς* (“el primer mártir Esteban”). El origen del vocablo, sin embargo, remonta a la *Carta sobre los mártires de Lyon y Viena*, del siglo II, que narra el martirio de un grupo de cristianos galos liderados por la ya mencionada Blandina en el caso de la ciudad de Lyon. Aquí, su autor se refiere a estos mártires con este epíteto, seguramente por tratarse de los primeros mártires cristianos en aquella provincia romana. Aun así, es un término que rara vez se les aplica a otros santos —tan solo se ha detectado una coincidencia en la Homilía de san Longino el Centurión (1, 9), atribuida a Hesiquio (s. V), en que la categoría de *πρωτομάρτυς* se hace extensible a Juan el Bautista y al propio Longino—, excepto en el caso de su correspondiente femenino, Tecla.

Como ya se había comentado, el caso de esta santa es bastante peculiar, ya que se trata de una figura cuya historicidad parece difícil de aceptar, pero que, por la fuerza de su ejemplo y la fortuna que su historia tuvo en la época tardoantigua, gozó de un importante culto y de una enorme popularidad en esta época. Tanto es así que, en torno al siglo V, comenzará a catalogarse como *πρωτομάρτυς*, en tanto que ejemplo y referente en el martirio para las mujeres cristianas, como lo explica el hagiógrafo de su *Vida y milagros* (*VTh* 1, 11-18). A pesar de que en dicha obra este sustantivo solo aparezca en el título, ya en el *De Caeco nato* de Severiano de Gabala se le había atribuido este epíteto a la santa, hecho que perdurará en todo el período bizantino, como se observa en la alusión en estos términos que se hace a la misma en la *Vida de Tarasio* (c. 51), patriarca de Constantinopla, escrita por Ignacio el diácono en el siglo IX.

Por otro lado, en esta misma época de las persecuciones es interesante observar la importancia de la conversión. Hay que tener en cuenta que buena parte de las actas de los mártires y otros documentos de la época en los que se narran estos martirios tienen lugar en un momento en el que el cristianismo no es ni mucho menos una religión mayoritaria, por lo que se hace mucho hincapié en el reclutamiento de nuevos fieles para la causa. Entre estos nuevos fieles, muchos también podrán padecer martirio. De especial relevancia, como se verá, son los casos de mujeres que rehúyen del matrimonio con un hombre pagano y se convierten a la doctrina cristiana, un motivo que se abordará a fondo en el epígrafe 2.2 por sus implicaciones en la distinción genérica entre santos y santas.

El interés por el martirio, sin embargo, permanecerá en la conciencia de los hagiógrafos de todos los períodos de la historia bizantina y su vigencia encontrará nuevos picos de popularidad en determinados momentos delicados de la historia bizantina, como un elemento de reivindicación de las creencias religiosas ortodoxas y de una suerte de identidad nacional frente al enemigo extranjero. Estos serán los casos de los llamados “neomártires”, aquellas víctimas de las guerras que enfrentan al Imperio bizantino con diferentes pueblos vecinos o que fallecen en la defensa del culto a las imágenes durante el conflicto iconoclasta.

Por lo general, estos nuevos mártires eran cristianos ejecutados por las hordas árabes que conquistaban territorios pertenecientes al Imperio bizantino y es un fenómeno que sobre todo comienza a observarse en la Palestina del siglo VIII. La presencia de estos neomártires en la tradición hagiográfica bizantina aparece de manera intermitente a lo largo de sus diez siglos de historia. No obstante, en los siglos finales del imperio se dará una situación propensa a la veneración de estos mártires de nuevo cuño que emulaban a aquellos cristianos primitivos al morir por defender su fe.

Aun así, no todos los neomártires de la tradición hagiográfica bizantina son víctimas del enemigo exterior. Se da la peculiaridad de que, en el contexto de los dos períodos iconoclastas entre el siglo VIII y el IX, algunos de los defensores del culto a las imágenes a los que asesinaron los partidarios de la iconoclastia pasarán a ser venerados como mártires. A pesar de ser poco numerosos, es interesante observar cómo se les aplican elementos narrativos atribuidos a los mártires del cristianismo primitivo para crear los rasgos principales de estos personajes.

2.1.2. La vida ejemplar

Como se decía en las primeras páginas de este capítulo, la vida ejemplar es el segundo de los caminos para adquirir la santidad. Este es el modelo de la mayor parte de los santos en general, una realidad que con posterioridad a la época de las persecuciones se hace aún más patente. En realidad, el conjunto de los mártires cristianos es una clara muestra de vida ejemplar para el resto de la comunidad, aunque, sin duda, el acontecimiento de su vida que más permanecerá en la memoria colectiva, aquel que determinará su clasificación y su consideración por parte de la tradición cristiana posterior, será su muerte.

En el cristianismo primitivo, el ascetismo, el elemento que marcará la pauta en la consecución de una vida ejemplar una vez acabado el período de las persecuciones cristianas, estará presente en toda la comunidad (Calvo, 2017: 60-61). La áscesis (ἄσκησις) o ascetismo hace referencia a un conjunto de prácticas de carácter corporal y espiritual conducentes a la desconexión con el mundo terrenal y la adquisición de la virtud y, en definitiva, de un mayor grado de comunicación con Dios. Las diferentes variantes de este conjunto de prácticas que se pueden encontrar son tan vastas como lo son los distintos practicantes. De hecho, la heterogeneidad de este tipo de conductas está incluso reconocida explícitamente por el propio Atanasio de Alejandría cuando afirma que Antonio se maravilla de ver las diferentes acciones que cada uno de los monjes a los que visitaba lleva a cabo.

En el primer cristianismo, el ascetismo practicado por toda la comunidad, incluidos los mártires, tiene que ver sobre todo con la castidad, la práctica de ayunos o el desprecio por los bienes materiales. Sin embargo, con el fin de las persecuciones, el modelo de vida ascética se impondrá como una condición *sine qua non* para la obtención de la santidad y evolucionará hasta fórmulas poco exploradas o ignotas hasta el momento como la ἀναχώρησις (“separación”) o el estilitismo, el movimiento en el que una serie de monjes ascendían a lo alto de una columna (στῦλος) para pasar su vida dedicándose a la práctica del ascetismo y la oración.

Este cambio sustancial de las condiciones de desarrollo de la religiosidad cristiana se verá reflejado en esta nueva práctica de alejarse de las ciudades para llevar a cabo esa vida ascética que en los primeros siglos se realizaba sobre todo en el entorno de la Iglesia (Calvo, 2017: 63). El ejemplo para-

digmático de este modelo de conducta anacoreta en la época tardoantigua se hallará justo en el punto de inflexión, en el momento en el que se aprecia el paso de la protohagiografía a la hagiografía propiamente dicha con el fin de las persecuciones, la oficialización de la religión cristiana y el cambio de modelo literario en el ámbito de la hagiografía tardoantigua. El primer caso será el del eremita Antonio, retratado por Atanasio en su biografía.

A pesar de ello, en su propia vida se puede leer que cuando llega al desierto se encontró allí un hombre que llevaba ya una vida idéntica a la suya. Además, por otra parte, san Jerónimo reclama para Pablo el eremita, protagonista de una biografía redactada en latín por el teólogo de Estridón, el título de primer eremita cristiano. Sea como fuere, en la tradición oriental, a Antonio se le considera normalmente como el primero de estos monjes. El primer término antes comentado (*eremitismo*) deriva de la voz griega ἔρημος, que se utiliza para designar a un lugar solitario o un desierto —aquí se observa también el germen de nuestra palabra “ermita”, pequeño edificio sacro construido normalmente extramuros, por lo tanto, en un lugar solitario y alejado del pueblo o ciudad—, mientras que el segundo (*anacoretismo*) se crea a partir del verbo griego ἀναχωρέω (“alejarse”).

En cualquier caso, en lo que será la tónica general en las biografías de monjes de todo el período, la vida eremita acabará siendo compatible con la vida en comunidad. En la época tardoantigua, el paso de la vida eremita a la cenobita viene motivado por una necesidad del eremita de compartir su sabiduría con el resto de los hermanos, como sucede en el caso de Antonio o en los Padres del Desierto. Más tarde, la alternancia de ambos estilos de vida monástica se convertirá en algo habitual. De hecho, habrá monjes cenobitas que vivan algo alejados de su propio monasterio para llevar vida eremita y, con el tiempo, se crearán las “lauras”, monasterios en los que los monjes vivían de modo eremita en celdas individuales y alejadas entre sí que se desarrollará en especial en algunas comunidades del monte Atos a partir del siglo x.

Antonio, así pues, será el fundador de esta costumbre de alejarse de los núcleos de población para vivir en solitario en el desierto, a pesar de que esta práctica de vivir aislado en soledad también podría desarrollarse en el ámbito urbano, ya que en numerosas ocasiones bastaba con recluirse en una pequeña celda y tan solo ser asistido con alimentos de manera esporádica. Esta es, sin duda, la primera gran característica de este ascetismo eremita que

gozará de una gran popularidad en la Antigüedad Tardía, sobre todo en los desiertos de Egipto, Palestina y Siria. La segunda gran característica de este primer ascetismo, que marcará la pauta para los modelos de santidad que se observarán en los siglos siguientes, es su continua lucha contra el diablo.

En efecto, con el cambio de modelo de santidad, del mártir al cristiano ejemplar, se produce también un cambio en lo que respecta al enemigo al que combatir. En la época de las persecuciones el adversario era claramente identificable en la autoridad romana. Sin embargo, en un marco mucho más espiritual como el que se plantea en esta segunda vía para acceder a la santidad, la figura del diablo cobrará un protagonismo capital. Aquí, de nuevo, la clave reside, igual que en el martirio, en el fundamento de la *imitatio Christi*. Antonio, como Jesús, también luchará contra el demonio, quien, tras intentar seducirlo e inducirlo al pecado con diferentes ardides, acabará dando la batalla por perdida. Cabe recordar que en los Evangelios a Jesús lo tienta el demonio en el desierto, donde pasará cuarenta días y cuarenta noches ayudando, un esquema que se repetirá con frecuencia entre estos anacoretas ya que, entre los diferentes rituales de mortificación del cuerpo, probablemente el más extendido sea el de la privación de alimento.

La mortificación del cuerpo es la tercera característica de este modelo de vida ascética. Como se decía, esta costumbre de llevar hasta el extremo la resistencia del cuerpo es en la mayoría de las ocasiones sinónimo de ayuno casi total. De Antonio se dice que comía solo una vez al día, tras la caída del sol, y que, además, había veces que lo hacía cada dos días y su dieta consistía en pan, sal y agua, alimentos básicos para poder sobrevivir, llevando así hasta el extremo los ayunos habituales o la parca alimentación que ya de por sí era una práctica habitual entre los cristianos de los primeros siglos. No obstante, otras costumbres de estos eremitas que contribuyen a la mortificación son el uso de humildes vestiduras —al estilo de Juan el Bautista, que solía vestir tan solo con un trozo de piel de camella curtido y se alimentaba a base de miel y langostas—, el dormir en el suelo o el vivir enclaustrado en pequeñas cavidades o tumbas.

La cuarta característica del ascetismo, y probablemente la práctica más popular, es la oración. El alejamiento del resto de la sociedad estimula la práctica de la oración y contribuye a una mejor ejecución de esta, según este esquema de pensamiento. Así, al desprenderse de los bienes materiales, el foco se coloca sobre el espíritu, que se convertirá en la parte más importante